

LA MADRE BURGUESA EVOCADA POR ESTHER TUSQUETS

Carmen SERVÉN DÍEZ
(*Universidad Autónoma de Madrid*)

Palabras clave: maternidad, mujer, burguesía, franquismo, Esther Tusquets

Resumen: En varias de sus obras, Esther Tusquets aborda la figura de la madre brillante, contradictoria y atractiva. La imagen de esa mujer que está en la plenitud de su vida y que tiene una cotidianidad acomodada pero sin objetivos, puebla obras como *Carta a la madre* (1996) o *Habíamos ganado la guerra* (2007). Con el auxilio de ensayos publicados por la misma autora (*Ser madre*, 2000), mi trabajo analiza la peculiar forma en que esas mujeres viven la maternidad, sea en obras autobiográficas o no, de la autora, así como las diferencias generacionales que separan a los personajes femeninos situados en los años cuarenta y cincuenta, años de la victoria según el régimen franquista, pero repletos de claroscuros en lo que respecta a la condición femenina.

A lo largo de su narrativa, Tusquets construye un fresco en que ironiza y lamenta la realidad práctica que se derivó del discurso oficial del régimen sobre la mujer, y muestra a unas figuras femeninas de la burguesía que son capaces y ágiles, pero están limitadas a una estrecha y vacía domesticidad, mientras que sus hijas se rebelan contra el modelo.

Nacida al fin de la guerra civil, la sociedad barcelonesa que evoca Tusquets y sus elaboraciones de género la convierten en una novelista atenta tanto a la injusticia social como a la limitación femenina.

Mots-clés: maternité, femme, bourgeoisie, Franco, Esther Tusquets

Résumé: Dans plusieurs de ses œuvres, Esther Tusquets aborde la brillante figure de la mère, contradictoire et attrayante au même temps. L'image de cette femme dans la fleur de l'âge, mais sans buts, apparaît dans *Carta a la madre* (1996) ainsi que dans *Habíamos ganado la guerra* (2007). Par le biais d'essais publiés par l'auteur elle-même (*Ser madre*, 2000), notre article se propose d'analyser la manière particulière dont ces femmes vivent la maternité, que ce soit ou non dans les œuvres autobiographiques de l'auteur, et les différences qui séparent les générations de personnages féminins situés dans les années quarante et cinquante, années de victoire pour le régime de Franco, mais pleines de zones diffuses quand il s'agit des femmes. Tout au long de son récit, Tusquets construit un texte ironique et douloureux et montre une figure féminine de la bourgeoisie capable et agile, mais limitée à une vie domestique vide et étroite, tandis que les filles se rebellent contre le modèle. Née à la fin de la guerre civile, Tusquets nous offre des élaborations de genre et une vision de la société barcelonaise qui en font d'elle une romancière attentive aussi bien à l'injustice sociale qu'à la limitation des femmes.

Keywords: maternity, woman, bourgeoisie, Franco, Esther Tusquets

Abstract: In several of her works, Esther Tusquets evokes the figure of a brilliant, contradictory and attractive mother. The image of a woman in her prime life, leading a comfortable but cramped life, can be found in such works as *Carta a la madre* (1996) or *Habíamos ganado la guerra* (2007). With the help of essays published by the same author (*Ser madre*, 2000), my paper analyzes the peculiar way in which these women live motherhood, whether or not in autobiographical works of the author. I also analyze the generational differences that separate female characters of the forties and the fifties, years of victory according to the Franco regime, but sombre times in terms of gender roles.

Throughout her narrative, Tusquets paints an ironic picture and regrets the practical reality that led the regime's official discourse on women. Tusquets shows female figures of the bourgeoisie who are capable and agile, but limited to a closed and empty domesticity, while their daughters rebel against the model. Born at the end of the civil war, evoking Barcelona society and gender elaborations, Tusquets is a novelist attentive both to social injustice and to female limitations.

Entre las representaciones culturales de la mujer, una de las más sugerentes y comunes es la que perfila la figura de la madre. En la representación de la madre converge un sistema de referencias sociales que prescriben la esencia de lo femenino; y así, la imagen de la madre no es simplemente el reflejo de una función biológica, sino el “resultado de una asignación simbólica respecto de la dimensión materna, por lo que estas imágenes son portadoras a la vez que productoras de sentido” (Lozano Estívalis, 2000: 13).

Toda una serie de parámetros diacrónicamente cristalizados constituyen la herencia que impregna los discursos relativos a la interpretación de la maternidad. De forma que, en una construcción simbólica dada en torno a la figura de la madre, es necesario observar la presencia de una serie de huellas que la configuración histórica de la función maternal ha dejado impresas en nuestra cultura. Por tanto, en la vivencia interiorizada y reconstruida por una escritora en concreto, ha de asumirse la presencia de una larga herencia cultural y ha de concebirse la experiencia individual transmitida como constructo discursivo ligado a los productos culturales al uso y además como vivencia individual.

A la vista de todo ello, el presente trabajo se interesa por la construcción de la figura materna en varias obras de Esther Tusquets (1936-2012), que maneja su experiencia individual así como las prescripciones sociales y las imágenes culturales en torno a la madre de forma particularmente insistente, combativa y convincente. La maternidad, como señalaba María Lozano Estívalis (2000: 18), es una categoría ideológica socialmente construida que impregna los discursos subjetivos de la mujer al respecto; y en el caso de la escritora Esther Tusquets, la figura de la madre se agiganta en el seno de una narrativa cada vez más apreciada entre los críticos.

La madre a menudo evocada por Tusquets es una figura que atraviesa toda su obra, tanto novelística como ensayística, con algunas

marcas peculiares repetidas una y otra vez. Esa figura es sin duda un constructo textual que recoge elementos de las vivencias filiales de la escritora, tanto cuando se ubica en obras de ficción como en obras de no ficción. Unas y otras beben de la experiencia previa de su autora. Como señalaba Mario Vargas Llosa (1996: 274), la ficción no es nunca “una fabulación gratuita, una prestidigitación sin trascendencia. Todo lo contrario: por delirante que sea, hunde sus raíces en la experiencia humana, de la que se nutre y a la que alimenta”. Así, la ficción es una elaboración a partir de la realidad; Antonio Muñoz Molina (1996: 311), explicaba por su parte cómo la memoria selecciona y combina continuamente los datos del pasado, para construir nuestra propia historia personal y cómo el escritor toma muchos materiales “que proceden de la memoria más antigua –la más fragmentaria y la más fácilmente manejable– para construir sus novelas. Sería insensato hoy, en que tantas novelas “de no ficción”, novelas de carácter informativo o periodístico, se vienen publicando, pretender discriminar exactamente lo real y lo imaginario en un relato determinado. Y especialmente arduo sería determinar con exactitud las transferencias de materiales procedentes de la realidad en un relato de carácter realista. Pero es necesario constatar que la presencia de una figura materna dotada de ciertas características constantes, se ofrece tanto en los libros de memorias ofrecidos por Tusquets como en sus novelas y ensayos. Indudablemente anécdotas reiteradas y rasgos constantes están ligados a su vida personal¹.

¹ Aunque procuremos distinguir entre las obras de Tusquets unas más directamente autobiográficas y memorialísticas, y otras más trabadas como ficción autónoma o como ensayo independiente, hallaremos que todas ellas beben sin rebozo de la

La propia Esther Tusquets reflexionó sobre el proceso de creación de personajes por parte del novelista; y afirmó:

Ahora bien, sufran después una manipulación leve o casi total, los personajes literarios se confeccionan siempre a base de los datos que nos brinda la realidad, ora reuniendo en ellos rasgos que en realidad pertenecen a distintos individuos, ora suprimiendo rasgos de un individuo para dejarlo reducido a un o unos rasgos dominantes. Los personajes surgen siempre a partir de lo que el autor ha sentido y ha pensado, de lo que ha visto vivir a su alrededor, de lo que le han contado, de lo que ha visto en el cine o leído en otros libros anteriores. Las piezas del puzle las suministra la propia experiencia y el autor las encaja lo mejor que sabe o puede. (Tusquets, 1990: 111).

Y fue ella misma quien consideró que la figura de la madre constituye un elemento a destacar en su técnica creativa, tan ligada a sus experiencias personales:

En mi obra, la figura de la madre es una de las que yo considero más autobiográficas, y seguro que coincide con lo que he contado verbalmente de ella infinitas veces, pero eso no quita que mi hermano reviente de risa cuando lo lee. Obviamente no he descrito a nuestra madre, sino mi

misma fuente psico-vivencial. En el pasado, ya el profesor Santos Sanz Villanueva mostró, mediante la construcción de unos listados, las coincidencias que en torno a la figura de la madre se producen entre dos obras: *El mismo mar de todos los veranos* y *Carta a la madre*, la primera una novela y la segunda un conjunto epistolar en que la ficcionalización es menos marcada.

posición respecto a ella, y muchas cosas más, conscientes e inconscientes (Tusquets, 1990: 112).

Por tanto, la autora es consciente de que en su construcción narrativa de la madre se recogen sus propias experiencias íntimas, y advierte que ha forjado un perfil desde la visión subjetiva, no ha ofrecido en absoluto una imagen objetiva del mundo que la rodea.

La propia novelista apunta, en su breve conferencia citada más arriba su tendencia general a volver una y otra vez sobre figuras que se identifican con una actitud y una clase más que con unos rasgos y anécdotas concretos y diferenciadores²:

...resulta, pues, que los personajes de mi narrativa son pocos, deambulan de un título a otro y pertenecen a un mismo mundo: la burguesía más o menos ilustrada de una ciudad que es Barcelona, pero que lo mismo podría ser Lyon o Milán, si Lyon o Milán tuvieran mar (Tusquets, 1990: 114).

Por otra parte, es necesario considerar, al analizar la figura materna en la literatura, los productos culturales más o menos abiertamente prescriptivos que circulan en torno al mismo objeto de representación. Precisamente, la maternidad, glosada por nuestros bisabuelos como meta última y misión central de la mujer, ha dado lugar en España a ríos de tinta desde la primera mitad del siglo XIX. A lo largo de esa centuria se produjo una importante avalancha de publicaciones (revistas, manuales de conducta, novelas...) que atribuyen a la mujer importancia social y cultural en tanto que esposa y madre; “La mujer

² Lo que contribuye a esa “homogeneidad del imaginario de Tusquets”, de que hablaba Santos Sanz Villanueva ya en 1998, p. 87.

virtuosa y doméstica es construida como alma de la clase media, su centro, su conciencia: se la erige en la mascota de un nuevo orden social burgués” (Jagoe, 1998: 27) y es glosada por sus capacidades maternas, de crianza y educación de los hijos pequeños. Esta exaltación de la maternidad y de la mujer doméstica poco a poco van cediendo a primeros del siglo XX en que emergen nuevos modelos de mujer en España³; pero, tras la guerra civil de 1936, la condición social de la mujer en nuestro país sufre fuerte retroceso, y de nuevo la retórica oficial y los medios religiosos promocionan una mujer exclusivamente doméstica y abnegada, supeditada al marido y dedicada al cuidado de los niños y el hogar⁴. Precisamente los años de la primera posguerra, en que el régimen se obstina en eliminar en el país toda desviación de la retórica oficial, son los años de infancia de Esther Tusquets, de acomodada familia burguesa residente en Barcelona. ¿Cuál es la posición de Esther Tusquets frente a la retórica del régimen franquista?. La autora procurará mostrar en *Habíamos ganado la guerra*⁵ (2007), la situación que la rodeó y cómo al cabo ella se separó completamente de esa retórica oficial. Y además, en ese último libro, pone el broche a la línea de pensamiento que ya venía dibujándose en sus novelas y ensayos anteriores, sobre la cuestión de la maternidad.

³ Véase al respecto, por ejemplo, la jugosa introducción de Lyli Litvak (1993: 11-75).

⁴ Geraldine Scanlon (1986: 321) explicaba que durante los años anteriores a la guerra civil, la española “había logrado un grado de dependencia económica, legal y sexual mayor que nunca”, pero “la derrota de la República en 1939 destruyó toda esperanza de emancipación para la mujer en un futuro próximo”. Y el hecho es que “la mujer de la *nueva España* iba a parecerse, sorprendentemente, a la mujer de la vieja España”, y la legislación, empezando por el *Fuero de los Españoles*, hizo todo lo posible por acentuar ese parecido.

⁵ En adelante referida como HG en el presente texto.

Dos cuestiones merecen ser destacadas, si hemos de analizar en su contexto histórico las ideas de Tusquets al respecto: la maternidad como destino inexorable de la mujer, y la glosa de la maternidad sacrificada; ambas nociones son repudiadas por la escritora. Veámoslo:

Según Señala María Teresa Gallego (1983: 143), el franquismo recoge del pasado la concepción fundamental de la mujer como ser para la maternidad:

Desde la primera enseñanza de las niñas hasta el último de los cursos impartidos por la Sección Femenina, desde cualquier discurso religioso o político dirigido a la mujer hasta las leyes de distinto rango elaboradas por el Estado, todo, incluyendo los valores sociales y culturales del franquismo, respondían a una concepción de la mujer cuya esencia era la maternidad.

Tan extremada es la obligatoriedad del “ser madre”, que las madres no prolíficas “podrían ser consideradas *enemigas y culpables*” (Gallego, 1983: 166). Al llegar los años sesenta, una serie de factores socio-políticos y económicos propician una renovación de las costumbres sociales y sexuales y de los modelos femeninos. La difusión de la píldora anti-embarazo en los años setenta entre las mujeres españolas habla ya de nuevas posiciones frente a la cuestión de la maternidad, que ellas procuran asumir libre y conscientemente. Y con esas jóvenes españolas de los años sesenta y setenta se alinea Esther Tusquets –de una generación anterior– en su ensayo *Ser madre*, incluido en un libro plural editado por Laura Freixas en 2000. En ese texto, Tusquets empieza explicando que la maternidad, para las mujeres de áreas depauperadas y para la burguesas tradicionales como su propia abuela, constituye una carga biológica que se sufre pasivamente y sin ningún entusiasmo (Tusquets, 2000: 86). El

ejemplo de su abuela, que alumbró más de una decena de hijos sin tener ningún interés por los niños, sirve a la autora para mostrar que no es razonable suponer a todas las mujeres destinadas a la procreación y así realizadas. Y se sitúa, como en su obra narrativa, contra la retórica tradicional que preconiza una madre abnegada, una madre olvidada de sí:

Temo que una madre abnegada, una madre sacrificada, una madre que delegue el centro de su propio ser en sus hijos y espere en consecuencia realizarse a través de ellos, correrá el riesgo de provocar unos sentimientos de dependencia, de culpa y de frustración difícilmente superables (Tusquets, 2000: 95).

Para evaluar esta posición que adopta la novelista con respecto a la maternidad sacrificada, será útil recordar los ensayos socio-históricos de Carmen Martín Gaité, según la cual, una serie de circunstancias objetivas potencian en la postguerra española el “mito de la *mater dolorosa*”, que tenía claras vinculaciones con el culto a la Virgen María. Así, cierta prensa del primer franquismo plantea la misión maternal como un martirio: “El gozo de ser madre por el dolor y el sacrificio es tarea inexcusablemente femenina”, se afirma en la revista falangista *Medina* a principios de los cuarenta (Martín Gaité, 1983: 122). Por tanto, Esther Tusquets se sitúa, según acabamos de ver, en posiciones enfrentadas con la retórica tradicional y oficial en varios aspectos concernientes a la maternidad: no admite su identificación con el martirio, pero es que además abomina de que sea asumida como obligación natural o social y no como elección libre. Pero, si ciertas clases de maternidad se le aparecen como indeseables, otras le merecen encendido reconocimiento:

Sí estoy convencida de que la maternidad libremente asumida, lejos de ser una carga o una merma, es una de las experiencias realmente fantásticas y enriquecedoras que se nos brindan a las mujeres, y que negarse a ella por razones ideológicas coyunturales y discutibles puede ser un grave error (Tusquets, 2000: 93).

Sobre estas convicciones se construye una obra narrativa en que se analiza y discute repetidamente la figura de la madre, de una madre construida desde su experiencia filial como hija de la burguesía catalana de la posguerra. Hasta ahora se han trabajado preferentemente aspectos mitológicos, psicológicos y simbólicos en la construcción de la figura materna a lo largo de la obra de Esther Tusquets; y se ha hecho hincapié en lo reveladora que es al respecto su primera novela. Pues bien: en el presente trabajo me propongo poner el énfasis en la intersección género/clase como parámetros que contribuyen a fundamentar una definición de la figura de la madre en la obra de Tusquets⁶. Tomaré como texto de cabecera *Habíamos ganado la guerra* (2007), que recoge, según explica en él la propia autora, “recuerdos de la primera parte de mi vida”(HG, 7), de la niñez; pero utilizaré mucho también *Correspondencia privada*⁷ (2001), cuya primera parte se dirige a la madre y es nueva versión de otra carta anterior publicada en 1996; y no se me oculta

⁶ Laura Lonsdale (2010: 245) ya nos recordaba que la identidad no se construye con el solo componente del género y que ese género no puede ser aislado de otras cuestiones como nacionalidad, etnia y clase. Dice esta investigadora: “It is my view, instead, that gender can and should be read in combination with other concrete cultural and political factors and experiences” (247).

⁷ En adelante referida como CP en el presente trabajo.

que en su novelística, ya desde *El mismo mar de todos los veranos* (1978), que es inaugural, Tusquets adelanta la figura de la madre⁸ y también la conciencia de que había acabado la guerra y “estábamos indiscutiblemente entre los vencedores”. Por tanto, la madre burguesa de *Habíamos ganado la guerra* ata y reelabora definitivamente cabos que ya están presentes en la primera novela de Tusquets y que configuran el tejido de toda su narrativa.

Si hubiera de definirse en pocas palabras la vida cotidiana de las mujeres de la alta burguesía que evoca Esther Tusquets en sus recuerdos de 2007, el término clave sería “aburrimiento”; repetidamente se ha referido Tusquets a ello en diversas obras. En HG dice:

Creo que pocas personas se han aburrido tanto como se aburrió durante largas etapas de su vida, tal vez durante su vida entera, mi pobre madre, tan capacitada para múltiples empeños, tan creativa y llena de talento, y condenada, como las restantes mujeres de su clase social y de su generación, a limitarse a la casa, a cuidar de los hijos, del marido, de su propio aspecto y a participar en actos sociales, a colaborar en obras benéficas, o poner, como mucho, una tienda de objetos de regalo o de ropita de bebé, y, si nada de esto le interesaba, como era el caso de mamá y supongo que de muchas otras, a la pura inanidad (HG,18).

⁸ Véanse las primeras páginas de esta novela en que una madre “desinhibida, juguetona, voluntariosa y terca, mucho más bella y mucho más distante que todas las estatuas” se ofrece al lector (Tusquets, *El mismo mar de todos los veranos*, 8). Ya Barbara Ichiishi (1994: 45 y ss.), así como Santos Sanz Villanueva (1998: 85-86), anotaban y prestaban el mayor interés a esa madrugadora y destacada presencia de la madre en esta novela.

La madre que dibuja Tusquets en sus obras, es una mujer brillante y capaz: “se había abierto camino la convicción de que lo hacías todo –o al menos cuanto te interesaba y emprendías– mejor que nadie, y se insinuaba subrepticia la convicción de que eras superior al común de los mortales” (CP, 10)⁹. Es una mujer que conduce su automóvil tan bien como un hombre y que sabe nadar un crol impecable (CP, 15). Pero esta mujer aparece como un filón de talento desperdiciado en los textos de Tusquets. La hija considera lamentable que “tú no has trabajado en nada ni uno solo de los días de tu vida, tantas capacidades desperdiciadas, tantas energías moviéndose en el vacío y desembocando en una crisis de jaqueca o de nervios, te han ido sumergiendo en una pereza creciente...” (CP, 37).

En *Habíamos ganado la guerra*, Tusquets explicará:

De haber nacido unos años más tarde, mi madre hubiera sido tal vez arquitecto, y nada la divertía tanto como organizar espacios, derribar tabiques, cambiar puertas de lugar, buscar en los anticuarios, inventar soluciones distintas de las habituales, dar rienda suelta a su fantasía (HG,110)¹⁰.

⁹ Aunque la mitificación de la madre por el entorno es un tema que no se desarrolla ampliamente en HG, en CP vemos como todos, incluido el padre, aceptan como dogma la superioridad de la madre.

¹⁰ La referencia a los rápidos y frenéticos cambios en la arquitectura interior del hogar que ocupan a la madre, constituyen una constante en la obra de Tusquets. Ya en *El mismo mar de todos los veranos* (25), la madre emprendía un “frenético cambiar muebles de sitio, desterrarlos, abrir nuevas ventanas o tapiarlas, repintar una y mil veces las paredes...”. Y en *Correspondencia privada* (24), se dedicaba a “reemplazar unos muebles por otros, cambiar de la noche a la mañana la distribución de las habitaciones, abrir puertas donde no las había y derrumbar tabiques”.

Pero la pertenencia a una clase en que ellas no debían desarrollar trabajo exterior remunerado condiciona a esta mujer y la condena a una asfixiante ociosidad, que procura paliar por medio de las renovaciones decorativas o la lectura. Varias veces, la autora repite las mismas nociones sobre el opresivo aburrimiento al que la madre busca salida y el desperdicio de facultades que supone su vida cotidiana : “Ya he dicho que mi madre se aburría, se cansaba de todo. Como no podía modificar su vida en lo fundamental, introducía cambios en cuanto tenía a su alcance” (HG, 141).

La alineación ideológica de la madre es tema destacado ya desde el inicio del último relato, *Habíamos ganado la guerra*. Las palabras con que empieza el primer capítulo del libro, que repiten el título del mismo, resumen el sentido de las vivencias que se desgranán a continuación y que toman como punto de partida el momento de la entrada de las tropas triunfantes en Barcelona cuando termina la guerra civil; al paso de los soldados, la multitud grita con entusiasmo. Y ahí está la figura de la madre, de la madre de una familia de la alta burguesía barcelonesa:

Mi madre gritaba el nombre de Franco con un entusiasmo que yo le vería manifestar en muy contadas ocasiones a lo largo de su vida, y siguió un buen trecho a los soldados sin dejar de vitorear y de aplaudir (HG, 9).

La adhesión al bando franquista no remite ni se suaviza a lo largo de los años. Cuando Franco visite Barcelona, la madre acudirá a toda prisa de un lugar a otro al paso del general para aclamarle a gritos (HG, 134).

Enseguida averiguamos que esta madre pertenece a una familia que ha pasado momentos difíciles durante la guerra y ha debido adaptarse a formas de supervivencia inusitadas en su clase: las damas de la familia trabajaron para unas mujeres que, en otras circunstan-

cias, “no habrían rebasado la zona de servicio” (HG, 10). Pero la paz devuelve las cosas a su lugar: los padres se instalan en una casa independiente y la familia recobra sus viejas costumbres.

La madre de Tusquets, sigue explicando el texto, era de familia liberal y con un padre masón; jamás se había interesado por la política antes de la guerra, pero a partir de entonces, y al revés que el padre, siguió siendo franquista hasta la muerte. La toma de partido de la madre es consecuente con la alta clase social a la que pertenece; pero parece limitarla enormemente, según veremos más adelante.

Esta madre franquista de la clase más opulenta barcelonesa es capaz de iniciativa y podría emprender actuaciones diversas; pero, como otras damas de su clase, es una mujer muy “dotada para muchas cosas, pero nada interesada por las tareas del hogar”; sin embargo, se trata de mujeres que “no se habían planteado siquiera la posibilidad de trabajar en otra cosa que no fuera el gobierno de la casa y el cuidado de los hijos” (HG, 11); por ello estas mujeres de las clases más acomodadas habían pasado durante la guerra “un hambre atroz” (HG, 11). La delicadeza de estas damas refinadas se resume en la ironía que Tusquets aplica a su madre: era la “princesa del guisante”(HG, 12), dice Tusquets recordando el cuento de Andersen.

De ahí que el capricho y el aburrimiento sean considerados por la niña Tusquets como la clave de muchos de los movimientos maternos. Incluso las vacaciones de verano acaban por cansarla si se repite demasiado el lugar de veraneo: llegó a hacerse “una casita deliciosa, en primera línea de mar, que diseñó ella misma y de la que se aburríó, como le ocurría con casi todo, cuando la tuvo terminada” (HG, 62). Una idea que Tusquets repite en *Correspondencia privada* y en *Habíamos ganado la guerra* consiste en suponer que la madre, dado que no puede en realidad hacer grandes cambios en su vida, hace cambios constantemente en la arquitectura de interiores, en los destinos de veraneo (HG, 142) y en el diseño de sus joyas. (HG, 141).

La pertenencia a una cierta clase social prescribe una serie de limitaciones a la madre, como a los hijos. Si ella no puede empeñarse en un trabajo remunerado fuera del hogar, los hijos tampoco pueden jugar y correr por la calle libremente como hacen otros niños; los hijos de la burguesía que viven en el centro de Barcelona han de salir poco y siempre acompañados por adultos (HG, 18). La mezcla social ha de evitarse: si los hijos no pueden confundirse con quienes juegan en la calle, la madre, paralelamente, no soporta mezclarse con los domingueros en la playa, así que no baja cuando llega el autobús que los trae (HG, 145).

Además de los inconvenientes mencionados, la madre, aventura Tusquets, es una mujer malcasada, que procuró escapar a las prescripciones de un padre riguroso en su educación y contrajo matrimonio pensando que el amor vendría más tarde; pero “después de dos años decepcionantes de matrimonio y del horror de la guerra civil”, estaba decidida a pasarlo bien, “a disfrutar a tope” (HG, 20). Lo cierto es que probablemente nunca se enamoró de su marido que además le hubo de parecer, pese a sus muchas cualidades, aguafiestas y aburrido¹¹ (HG, 20). Muchas mujeres de su generación se casaban “por las presiones familiares y para disfrutar de un grado de libertad mayor que en su condición de soltera” (HG, 34).

Esta madre burguesa, una vez recuperada la “normalidad” tras el conflicto armado, al igual que muchas mujeres de su clase, abandona a los hijos pequeños en manos del servicio y se distrae cuanto puede. Y no es una excepción, como se cuida de anotar Tusquets (HG, 20). Son las criadas las que pasan las horas con los niños. Como ya explicó en CP, lo “habitual” en “el grupo social al que pertenecíamos” era que “el marido cedía a la mujer y la mujer

¹¹ En CP, había hablado ya de un padre amable y seductor, “que te amaba [a la madre] sin lugar a dudas profunda y apasionadamente”, “pero al que tú no querías” (21).

delegaba en mayor o menor grado en el servicio, el cuidado y la educación de los niños” (HG, 10).

Y en las mentes de la gente está el intento de recuperar el tiempo perdido, de conquistar los placeres que borrarán el recuerdo de las penurias padecidas durante la guerra: “Reinaba en algunos grupos de la burguesía una frenética, una obstinada, alegría de vivir. Ellos les ponían pisos a sus queridas y ellas se olvidaban sus misales o mantillas en los *meublés*” (HG, 21).

La burguesía opulenta quiere aprovechar el resultado de la contienda: Tusquets explica: “¡Claro que habían ganado la guerra y que lo sabían!” (HG, 21). Las familias del nivel de los Tusquets sabían que existían cartillas de racionamiento, pan negro y azúcar oscuro; pero vivían al margen de todo ello. En sus casas, los niños iban a un colegio privado, tenían médico particular y nunca hicieron colas para nada (HG, 22). El nivel de vida de estas familias consistía en habitar un piso de doscientos metros en plena Rambla de Cataluña, contar con dos muchachas de servicio más alguna otra ayuda externa para coser, planchar...etc., sostener coche, abono en el Liceo y segunda vivienda, y señoritas particulares a menudo extranjeras para educar a los niños. La miseria de la posguerra les quedaba un poco lejos.

El aspecto físico de la madre es exótico porque a menudo la “tomaban por extranjera”, según leemos en CP: alta, rubia, blanquísima piel, ojos azules de mirada centelleante... (CP, 11); es una mujer que se “convertía en el centro de cualquier reunión” (CP, 13), una presencia imponente: frente a otras “señoras enjoyadas, emplumadas y escotadas, algunas ridículas”, la madre aparece “elegante y hermosa” en las veladas del Liceo¹². Este teatro, que “tenía mucho de

¹² En CP desarrolla también el tema de la elegancia y originalidad de la madre (27); y evoca “tu figura esbelta y erguida, la ropa impecable y personal, los zapatos hermosos...(CP, 29).

templo o de símbolo de una clase” (HG, 157), es lugar de reunión y frecuentado por la familia burguesa, que tiene un palco de platea, siempre el mismo. La asistencia al Liceo era también un espectáculo:

Nos llevaba el chófer de uno de los amigos, y entrábamos en el teatro flanqueados por un nutrido grupo de gente que se apostaba allí para vernos pasar: la llegada de la burguesía a su templo convertida en espectáculo popular. No existía peligro de robo y las señoras iban envueltas en pieles y cubiertas de joyas (HG, 162).

La relación con la hija es percibida por esta como insatisfactoria, puesto que la niña, gordita, nada deportiva y muy delicada, tiene la impresión de que no se parece a la hija que la madre hubiera querido tener (HG, 173)¹³, aunque la madre a todas luces aprecia en la pequeña algunas cualidades como la inteligencia¹⁴ y la sensibilidad (HG, 173). Repetidamente se ha referido Tusquets a “los huecos y carencias que había dejado mi madre” (HG, 200). Las emociones contradictorias que la madre despierta en la voz narrativa, oscilan entre la rendida admiración y la más dolida recriminación. Se trata de una madre que, sin embargo, entiende el miedo a la oscuridad que atenaza a la niña cuando recorre, corriendo, el pasillo oscuro (HG, 27). Y que lleva a menudo a su hija “cuando salía de compras, o a la modista o al sastre, o a la peluquería, por las mañanas” (HG, 31). Pero que cometió errores muy acusados por la sensibilidad de su hija: dejarla sola a menudo o no acompañar a la pequeña para

¹³ En CP había explicado que nunca “por mucho que me aplicara, lograría tu aprobación” (37).

¹⁴ En CP dijo: “La inteligencia, justo es reconocerlo, no me la negaste nunca” (12).

que ésta asimile la noticia de la muerte de su perrito (HG, 30-31). Con todo, es una madre que comprende los espantos de la niña y que procura atajarlos incluso cuando se trata de temas religiosos; cuando Esther recurrió aterrada a su madre a la vista de los tormentos que según sus mentores religiosos se producían en el infierno, la madre “dijo que aquello eran paparruchas, puros disparates, y riñó a la persona que me había leído la historia” (HG, 45).

En lo que respecta a cuestiones educativas de profundo calado, la madre y con ella el padre, de Esther Tusquets, aparecen instalados en posiciones contrarias a las mantenidas por el régimen, y dados a actitudes que incluso pudieran producir escándalo en su entorno. Si la formación religiosa y el rechazo de la coeducación marcan la enseñanza oficial en el primer franquismo, los Tusquets no dudan en ignorar ambos requisitos en su vida familiar. Tanto es así, que la actitud religiosa de los padres inquietaba a la niña: ambos permanecían sin salir de su habitación los domingos hasta la hora del almuerzo, lo que implica que ambos habían incumplido el precepto de asistir a la misa (HG, 46); daban a su hija formación religiosa a través del colegio, pero nunca se les vio practicar la religión. Los miembros de la familia política de la madre no se atrevían a suponerla atea, pero sí poco piadosa (HG, 55) y se escandalizaron cuando eligió para su hija el Colegio Alemán¹⁵ y no las monjitas del Sagrado Corazón, que estaban al lado del hogar (HG, 55). El Alemán era un colegio de rigurosa disciplina, gran nivel de conocimientos y excelente educación física. Por tanto, los padres se muestran partidarios de una educación laica; pero no evitan la formación religiosa de la niña, que a veces se resiente de los desajustes entre lo que le

¹⁵ La voz enunciativa en CP también dice haber sido alumna del Colegio Alemán (30, CP).

enseñan en el colegio y lo que ve en casa, como en lo que respecta al cumplimiento del precepto dominical de la misa.

El Alemán no fue el único colegio, ni mucho menos en que los padres matricularon a la niña: después estudió, encantada, en el Real Monasterio de Santa Isabel, en que “eran inconcebibles los castigos corporales” y las clases de gimnasia eran mucho menos centrales (HG, 87). Y todavía peregrinaría la niña por otros centros hasta volver a ubicarse en otro colegio que fue la verdadera continuación del Alemán cuando éste cerró. Se hace notar que la madre nunca obligó a la niña a cambiar de colegio, sino que supo presionarla eficazmente y la niña acabó accediendo a lo que su madre consideraba lo más conveniente para su hija (HG, 150). En todo caso, la formación de la niña siempre varió de centro buscando lo mejor; y en esa búsqueda de la excelencia, resulta llamativo que nadie consulta a la interesada y que los padres, como era habitual, disponen para ella la opción educativa de “Enseñanzas del hogar”, pues a nadie se le ha ocurrido que la chiquilla quisiera ir más adelante a la universidad.

Enseñanzas del hogar no respondía a ningún objetivo determinado, ni nos preparaba, en realidad, para nada. Se había limitado a suprimir las enseñanzas más teóricas o difíciles, o “masculinas” (las matemáticas, el griego, el latín) y a sustituirlas caprichosamente por otras (HG, 88).

Las enseñanzas del hogar implican que a niñas de once o doce años se les muestra cómo alimentar al bebé o cómo preparar la comida...pero siempre se trata de enseñanzas teóricas (HG, 88); y se las adoctrina sobre el trato al marido “al que había que contentar a toda costa y utilizando siempre la mano izquierda, porque lo nuestro era reinar desde las sombras, que se hiciera lo que queríamos, aparentando hacer lo que quería él. Evitar las discusiones. Nunca

oponérnosle de frente” (HG, 88)¹⁶. Ante el escándalo de la autora, “Esto se daba en los años cincuenta, en un colegio de pago, en un colegio con pretensiones...”; lo que es cierto es que las niñas lo pasaban en grande sin esforzarse en absoluto (HG, 89).

La madre, que tampoco ha tenido una formación profesional, se dedica supuestamente a esas tareas del hogar para las que también comenzó a prepararse su hija. Pero su absoluto desinterés por las labores domésticas aflora a lo largo de toda la obra de Tusquets. “Por tolerancia o por pereza” es incapaz de despedir a nadie del servicio, trata bien a las criadas y no se mete en nada (HG, 27). No es el ama de casa vigilante y alerta que vela por el orden en el hogar doméstico, y apenas lo disimula. Es un caso excepcional entre las señoras de su clase: quedaba excluida cuando los temas de conversación entre las señoras versaban sobre los dislates de las criadas o sobre el precio del mercado, “porque nunca tuvo ni remota idea de lo que valían unas chuletas o un kilo de tomates, y nunca quiso inmiscuirse en el funcionamiento de la casa” (HG, 29). De hecho “se sentó siempre a la mesa sin saber lo que nos iban a servir, y sin que le importara lo más mínimo” (HG, 30). Su actividad principal en la casa, que su hija pudiera ver, consistía en pasarse “horas y horas leyendo en la sala” (HG, 31)¹⁷. Y su excepcionalidad no viene dada por simple pereza, sino que se deriva también de una perspicacia y delicadeza infrecuente entre sus pares: si bien la niña Esther Tusquets se escandaliza por el modo en que las amas de casa burguesas tratan al servicio, la madre tenía muy otro trato con sus criadas; ella nunca

¹⁶ Véanse las prédicas de La Sección Femenina al respecto: la mujer ha de procurar contentar siempre al marido, apoyarle y servirle.

¹⁷ En *Correspondencia privada*, la madre a quien Tusquets dirige su carta había “leído más libros que nadie a quien conociera” (19).

pareció participar de esa convicción general de las burguesas de que la gente humilde no tiene la misma sensibilidad¹⁸.

Una madre que siempre se entendió mejor con los varones que con las mujeres; seguramente admiraba y quería a su propio padre, y luego sostuvo una buena relación con su hijo y con su nieto; pero nunca tuvo un vínculo importante con una mujer (HG, 33). Para valorar esa falta de vínculos con sus pares que caracteriza a la madre, es necesario recordar lo positivas que resultan las relaciones entre mujeres en las novelas de Tusquets; pero la madre que dibuja la autora es una mujer brillante, seductora, con fino sentido del humor (HG, 50), dada a los comentarios mordaces con algunas personas (HG, 50) y a la que nadie hace sombra: es el centro de toda reunión.

Sobre la difícil e importante relación que Esther Tusquets tuvo con su madre, explica la escritora en el último de sus relatos: “He escrito mucho sobre mi madre, a veces me parece que sólo he escrito sobre mi madre, o contra mi madre, sin lograr nunca cancelar el conflicto, pasar página, quedar en paz. La detesté a ratos. La admiré y la temí casi hasta el final. Todo lo que amo aprendí a amar de ella. El mar, los animales, el arte, los libros. Pero también le debo a ella mis frustraciones y mi inseguridad.” (HG, 64). Así, junto a la fascinación y el desapego, la hija siempre percibió el desamor¹⁹.

¹⁸ Según asegura Tusquets, el rencor de clase de que los sirvientes habían dado muestras en la guerra, no enseñó nada a las burguesas de la posguerra, que recobraron sus malas maneras cuando terminó el conflicto bélico (HG, 28).

¹⁹ Pese a todo, hay vivencias junto a la madre que dejan un rastro omnipresente en los textos de Esther Tusquets: la capacidad narrativa de la madre y su hábito de ofrecer a sus hijos leche condensada. Dice en *Correspondencia privada* (20): “colmaste nuestra infancia de arrobos de leche condensada al baño maría y de todo un mundo mágico de relatos maravillosos – extraídos en su mayor parte de

En *Correspondencia privada* ya había afirmado que la madre, en la infancia, dedicó a sus hijos “poquísimos tiempo” (31).

Como hemos visto en los párrafos anteriores, el texto de *Habíamos ganado la guerra* remite con frecuencia, en relación con la madre, a *Correspondencia privada* (2001), un conjunto narrativo epistolar de cuatro cartas, la primera dirigida a la madre. *Correspondencia privada* recoge una carta inicial dirigida a la madre y otras tres dedicadas a tres varones importantes en la vida de la autora; se trata, pues, de un libro de carácter autobiográfico epistolar. Pero, como advertía Concha Alborg, la primera carta, la dirigida a la madre, ya fue publicada anteriormente, escrita por encargo para el libro de Laura Freixas *Madres e Hijas* (1996); en la nueva versión de 2001 se modifica leve y significativamente el título (no ya “Carta a la madre”, sino “Carta a mi madre” con el explícito paréntesis “divina entre las diosas”), se introducen numerosas adiciones breves y se intensifica la confrontación (Alborg, 2003: 34-35). Además, ahora se refuerza el efecto autobiográfico: si antes estuvo el texto incluido en un libro de cuentos editado por Freixas, ahora se encaja en un repertorio de cartas personales a gentes que fueron cruciales en la vida de la autora.

En *Correspondencia privada*, la admiración infantil a la madre es evidente: “Tú eras una madre distinta y a mí me encantaba casi todo el tiempo que lo fueras, aunque podía resultar engorroso que en casa imperaran costumbres insólitas”²⁰ (CP, 33; citado también en HG, 79). Entre el conjunto de rarezas que la autora menciona

los cuentos de hadas y de las historias de la mitología clásica -, que conformarían nuestra imagen del mundo” . En *Habíamos ganado la guerra* se refiere también a que “uno de los ritos familiares de mi infancia y de la de mi hermano era verla preparar botes de leche condensada al baño maría, tan deliciosa...” (HG, 11)

²⁰ La autocita ocupa la pág. 79 de HG.

se incluyen cuestiones relativas a los hijos – la niña lleva el pelo a lo paje²¹ mientras sus compañeras lucen trenzas o melenas onduladas – y también dolorosas evidencias: los padres no asisten a misa (CP, 33; citado también en HG, 80). A la niña que ansía integrarse y ser parecida a sus amiguitas, destacar le resulta muy angustioso, pero la madre excepcional cuenta con la adhesión fervorosa de su hijita. En *Correspondencia privada*, se manifiesta la rendida admiración de la niña y del resto de la familia frente a la excepcional elegancia de la madre²², y se afirma: “Y es que fuiste [...] una gran señora” (CP, 32). Pero esa elegancia y ese señorío se atribuyen en el texto no a la alta cuna sino a la capacidad para mantener en aspectos inesperados una chocante independencia de criterio. Así, la originalidad de la madre pasa por no sujetarse a las convenciones que constriñen en muchos aspectos el pensamiento de otras burguesas arrastradas por la pacata actitud oficial frente al sexo o la religión. En *Habíamos ganado la Guerra* se explica:

Mi madre, la más moderna y liberal de las mujeres entre las que vivíamos, me explicó muy pronto, en cuanto se lo pregunté, que los bebés se formaban y crecían en la barriga de mamá, y salían de allí tras nueve meses, pero aplazó la respuesta a la inevitable cadena de preguntas que siguieron (pero ¿cómo llegaba el bebé al vientre de la madre y qué papel desempeñaba el padre en la historia?) (HG, 94)²³.

²¹ También a lo paje lleva el pelo de niña la voz femenina que escribe la “Carta a la madre” (32)

²² “Muy elegante en el vestir, no seguías a pies juntillas los dictados de la moda, entonces muy estricta, sino que recatabas elementos del pasado y los mezclabas con otros de tu invención que a veces se ponían de moda más tarde”... (CP, 27)

²³ En *Habíamos ganado la guerra*, cuando ya Esther es casi una adulta, la madre vuelve a adoptar actitudes muy independientes con motivo de una emisión de

La cuestión religiosa también cobra tintes no habituales en la familia. A este respecto, la pareja formada por los dos progenitores constituye una rareza:

Aquellos padres que me habían correspondido en suerte –tan raros, tan atípicos, tan incómodos en ocasiones, tan distintos de nuestros tíos, de los padres de nuestros amigos, de los padres que tratábamos y conocíamos– eran burgueses, eran de derechas y franquistas, pero eran ateos (HG, 92).

Esta originalidad de los padres desconcierta a la niña, pero resulta para ella un alivio en alguna ocasión, como cuando son alertados por el director del colegio en torno a lo que pudiera aparecer como delito sexual:

Mis padres –¡qué suerte tuve en esto!– no vivían obsesionados por el sexo [...], se resistían a aceptar que el mundo fuera necesariamente un valle de lágrimas, y no los imaginaba yo golpeándose el pecho y lamentándose “por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa (HG, 101).

En la casa, como consecuencia, no se inculcó a los niños sentimientos de culpa ni el concepto cristiano del sacrificio por el sacrificio; la madre consideraba normal que uno lo pasara lo mejor posible²⁴.

radio en que participa la novelista: mientras un montón de señoras biempensantes y desocupadas se enfurecen al escuchar la charla, la madre aparece más curiosa que enojada, casi divertida (HG, 180), “porque las alharacas de sus pacatas e hipócritas amigas la traían sin cuidado” (HG, 180).

²⁴ Y, dice la narradora volviendo al rechazo de la *mater dolorosa* tan frecuente en la retórica del régimen, “yo hubiera deseado seguramente una madre más cariñosa, pero en absoluto una madre sacrificada” (HG, 110).

La narradora se felicitaba de que los padres nunca pensarán imponer a su hija como destino único el matrimonio; así que no pusieron obstáculos cuando la niña decidió abandonar las “Enseñanzas del hogar” y hacer el bachillerato; “es otro punto a su favor que debo agradecerles”, comenta la autora (HG, 104). Y en *Habíamos ganado la guerra* se reconoce y asume el peso de esta madre originalísima, de esta pareja atípica, en el destino de sus hijos:

Una genuina bruja mi señora madre. Porque después de tanta rebeldía y de tanto denostarla, hay que reconocer que Oscar y yo hemos terminado encarnando con precisión el papel que nos había asignado: él es arquitecto y pintor, y ella escritora. “¡Bien por las madres brujas, sarcásticas y malignas, que no solo adivinan lo que haces y leen lo que piensas (adelantándose en ocasiones a que lo hayas hecho o pensado), sino que te diseñan el futuro! (HG, 105).

La madre, en *Correspondencia privada* y en *Habíamos ganado la guerra*, es una figura contradictoria: franquista, pero liberal; atea que da a sus hijos formación religiosa en el colegio; extremadamente dura en ocasiones, pero resolutive a la hora de empujar a su hija fuera de la pena.

Los episodios que abundan en la paradójica coincidencia de frialdad y compasión en la figura de la madre pueden hallarse tanto en *Correspondencia privada* como en *Habíamos ganado la guerra*. En la primera se habla de una madre dura y fría, incapaz de suspender su juicio crítico a favor de sus hijos (CP, 35), ni de comérselos a besos a ellos ni a nadie (CP, 35), pero que los sana incluso de sus penas del alma preparándoles un mítico arroz hervido (CP, 17) o se divierte con ellos preparando su otra habilidad culinaria: dulce de leche (CP, 17). Tanto en un texto como en el otro, la madre es

una autoridad firme, que jamás modifica sus decisiones ni levanta un castigo; pero la sensibilidad de la madre frente al dolor ajeno es tema que se perfila nítidamente en *Habíamos ganado la guerra*, donde se anota que ella es una persona capaz de compasión con los animales: como Esther niña, la madre se angustia frente a las torturas de los pollos y pavos vivos que se guardan en la casa por Navidad, y mandaba “que les dieran agua, algo de comer, que les aflojaran las ligaduras, y sobre todo que acabaran aprisa” (HG, 108). Y es además traviesa, con fuerte espíritu de justicia (HG, 112) y generosa con quien a ella le parece necesitado: “aunque no sabía cocinar ni se metía en la cocina para nada”, preparaba para que la niña lo llevara a la pobre señorita Teresa “el mejor asado que he comido jamás” (HG, 117)²⁵. La incapacidad de asistir al sufrimiento ajeno, a la par que la dureza educativa de la madre, se hacen evidentes en este libro a través del episodio del Cotolengo: la madre, que junto con el padre ha impuesto a la joven una ruptura sentimental, harta de ver sollozar a su hija por un amor contrariado, le busca una ocupación de voluntariado social que la deja agotada y la acerca a problemas mucho más graves que el suyo: ayudar a los pacientes del Cotolengo (HG, 189 y ss.). Eso no obsta para que esa misma madre se sienta muy “disgustada” cuando en las semanas subsiguientes ve a su hija comulgar todos los días, porque “si algo no quería para mí, era verme convertida en lo que llamaba una *rata de sacristía*” (HG, 194).

²⁵ El mérito de ese asado se multiplica a la vista de los hábitos y saberes que se atribuyen a la madre en CP: “No habías aprendido tampoco –ni en el colegio ni en casa de tus padres, donde es probable que tu madre no cocinara, pero sí enseñaba y vigilaba a las cocineras, transmitiendo a las nuevas las costumbres y gustos de la casa, a freír un bistec o a hervir unas verduras”(CP, 16).

A la vista del pasado y frente a las paradojas y contradicciones con que se enfrentó en el proceso de su maduración, tanto en *Correspondencia privada* como en *Habíamos ganado la guerra*, la narradora procura hacer balance final de sus relaciones con la madre: “Después de tantos años, ahora que ella ya ha muerto y yo soy una anciana, reconozco que no fue la mejor de las madres, que no fue, desde luego, la madre que yo necesitaba, pero que yo era a mi vez una niña difícil...” (HG, 142); “ha bajado definitivamente el telón y estamos definitivamente en paz” (CP, 39).

La madre burguesa, fascinante y despegada, dura y perspicaz, ha despertado sentimientos encontrados en su hija. En sus relatos, Tusquets parece que consigue saldar sus cuentas personales con el pasado. Pero la ruptura con la adscripción política de la madre forma parte de la experiencia generacional de muchos jóvenes españoles coetáneos de la autora. Si la madre ha sido una ferviente partidaria de Franco, y sus familiares y amigos apoyaron a los alemanes durante la segunda Guerra Mundial²⁶, Esther alcanzará la madurez a la vez que se sitúa en la oposición al franquismo, como muchos hijos de la burguesía que entraron por entonces en la Universidad:

...abandoné el franquismo y pasé a la oposición. Era un fenómeno generalizado: para desesperación de sus padres, los hijos de las familias burguesas se hacían de izquierdas en la universidad (HG, 201).

²⁶ La burguesía barcelonesa que rodeaba a Esther Tusquets de niña, “el mundo de mis padres, de mis tíos, de los amigos de mis padres, todos –menos tía Sara, claro– estaban a favor de los alemanes” en la II Guerra Mundial. Debía de haber otro sector burgués elitista e ilustrado que quizás mantenía opiniones distintas, pero Esther nunca lo conoció de niña.

En conclusión: la novelística de Esther Tusquets, una mujer de fuerte presencia en las letras españolas también a través de su importante labor editorial desde Lumen, ha reclamado desde muy pronto interés por su “tratamiento constante y profundo del florecimiento de la llamada «conciencia femenina»” (Nina Molinaro, 1989: 111) y por su original estilo: su lenguaje más que la acción, es el principal motor de atracción para el lector. Tusquets continuamente difumina la frontera entre ficción y realidad, y sus obras parten de una perspectiva diferente, la de una protagonista que busca entenderse a sí misma, y por extensión, entender las historias que ha incorporado en su vida (Molinaro, 1989: 112); o, en palabras de Yamile Silva, la voz narrativa de Tusquets corresponde a la de un sujeto autorreflexivo, que busca su afirmación y autodescubrimiento: lo que Elaine Showalter, desde la teoría crítica feminista, llamaba “escritura de mujer”. Si a ello sumamos que el “enjuiciamiento crítico de la burguesía constituye uno de los motivos sostenidos del conjunto de la narrativa de Tusquets” (Sanz Villanueva, 1998: 148), hallaremos que los textos elaborados por Tusquets constituyen una peculiar forma de abordar la intersección género/clase desde una perspectiva reflexiva y crítica que enlaza con la vertiente anti-burguesa de la novelística del medio siglo, como ha señalado Sanz Villanueva (1998: 141).

La importante y reiterada presencia de la figura materna, que la propia autora ha destacado, se produce en la obra de Tusquets transparentando sin rebozo la existencia de un referente real que subyace a las anécdotas y rasgos repetidos una y otra vez. Esa figura materna es vista con atracción y repulsión simultáneamente, y viene ligada tanto a la perspectiva ideológica que la escritora mantiene en torno a la maternidad como a su experiencia filial personal en el seno de la burguesía. A través de su diseño de la madre en novelas, relatos y ensayos, percibimos la realidad familiar burguesa según se vivía en

el primer franquismo, y también el rechazo que la misma provoca en una mujer cuya maduración exige resolver los contradictorios aspectos que ella percibe en la maternidad. El modelo femenino que se le ofrece es seductor y capaz, pero despilfarra sus facultades; la retórica oficial que glosa la dedicación y ternura maternal mal se aviene con las costumbres y compromisos de las mujeres acomodadas y no engaña a una niña frágil. La disección de la madre burguesa del primer franquismo desde la experiencia filial es un ejercicio de realismo ideológico y de dolorido recuento personal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBORG, C. (2003): “Esther Tusquets vuelve a empezar: *Correspondencia privada*”, *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura*, 19/1, pp. 33-41.
- FREIXAS, L. (ed.) (2000), *Ser mujer*, Madrid, Temas de hoy.
- GALLEGO MÉNDEZ, M. T. (1983), *Mujer, Falange y franquismo*. Madrid, Taurus,.
- ICHIISHI, B. (1994), *The Apple of Earthly Love. Female Development in Esther Tusquets' Fiction*, New York, Peter Lang.
- JAGOE, C. (1998), “La misión de la mujer”, en: Catherine Jagoe, Alda Blanco y Cristina Enríquez de Salamanca: *La mujer en los discursos de género. Textos y contextos en el siglo XIX*, Barcelona, Icaria.
- LITVAK, L. (1993), “Introducción”, en: *Antología de la novela corta erótica de entreguerras 1920-1936*, Madrid, Taurus.
- LONSDALE, L. (2010), “The Space of Politics: Nation, Gender, Language and Class in Esther Tusquets' Narrative”, en: Luis Martín-Estudillo y Nicholas Spadaccini (eds.), *New Spain, New Literatures*, Nashville, Vanderbilt University Press.

- LOZANO ESTÍVALIS, M. (2000), *Las imágenes de la maternidad. El imaginario social de la maternidad en occidente desde sus orígenes hasta la cultura de masas*, Alcalá de Henares, Excmo. Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- MARTÍN GAITE, C. (1987), *Usos amorosos de la postguerra española*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- MOLINARO, N. L. (1989), “La narrativa de Esther Tusquets”, en: A. Vilanova (ed.), *Actas del X congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, pp. 111-115; en Centro Virtual Cervantes: http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/10/aih_10_3_012.pdf
- MUÑOZ MOLINA, A. (1996 [1993]), “El personaje y su modelo”, en: E. Sullá (ed.), *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1998), *La Eva actual*, Valladolid, Junta de Castilla y León.
- SCANLON, G. (1986), *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*, Madrid, Akal.
- SILVA, Y. (2006), “Penélope subvirtiendo textos: reflexiones sobre la escritura de Esther Tusquets”, *Archivum*, 56, pp. 411-427. Versión electrónica en: <http://www.unioviedo.es/reunido/index.php/RFF/article/view/62>
- TUSQUETS, E. (2007), *Habíamos ganado la guerra*, Barcelona, Ediciones B.
- TUSQUETS, E. (1990), “Elementos subjetivos y autobiográficos en el personaje novelesco”, en: Marina Mayoral (coord.), *El personaje novelesco*. Madrid, Cátedra-Ministerio de Cultura, pp. 109-116.
- TUSQUETS, E. (2001), *Correspondencia privada*, Barcelona, Anagrama [incluye *Carta a mi madre*, publicada inicialmente en: Laura Freixas (ed.) (1996), *Madres e hijas*, Barcelona, Anagrama.]

VARGAS LLOSA, M. (1996 [1984]), “El arte de mentir”, en: E. Sullá (ed.) *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Barcelona, Crítica.